

ESPORA

NÚMERO 43



“Hay que estar dispuesto a dejarse llevar por el mundo abstracto. Hay que querer perderse en él”.

David Lynch

CARTA EDITORIAL

...

En "El idioma de la noche", Ursula K. Le Guin escribe: "La fantasía es escapista, y esa es su gloria. (...) Los prestamistas, los ignorantes, los autoritarios nos tienen a todos en prisión; si valoramos la libertad de la mente y el alma, si somos partidarios de la libertad, entonces es nuestro deber escapar y llevarnos con nosotros a tanta gente como podamos". Sí, el género de la ficción especulativa plantea imaginarios que se desprenden de la cotidianidad del mundo real. Sin embargo, a través de hipotéticos, se encarnan los anhelos, miedos y demandas que desprenden de la sociedad y el individuo: la gradual extinción ecológica, el deseo de una autonomía corporal subalterna o los enigmas folklóricos que distinguen a México. En el presente número, los autores nos invitan a entender lo inefable, con toda su belleza y horror, por medio de configuraciones inquietantes.

Luz Solís

DIRECTORIO

Editor responsable

Clemencia Corte Velasco

Editora responsable de este número

Luz María Solís Guzmán

Consejo Editorial

Kendy Guadalupe de la Rosa Andrés

Valeria Ivanna Alcántara Estrada

Tania Paola Ochoa Gómez

Sophia Julieta Ocampo Guzmán

Dirección de diseño

Aimee Becerril Garciamoreno

Diseño

Roberto Rivera Cadena

Eloísa Carolina Lastra Canabal

Gloria Aurora Lastra Canabal

Marcelo Arriola Ramírez

Comunicación

Leo Sampayo

Montserrat Molina

Andrea Lazo

Colaboradores

Adriana Carrillo Cruz

Fernanda Cedonio

Gabriela Mulia Jiménez

Karin Adriana Jung Jiménez

Mariana Hernández Tadeo

Rebeca Saynes

Vianey Serrrano

Xaver Bledl Tajonar

Ximena Noemí Velázquez Huelgas

Portada

Aimee Becerril Garciamoreno

ESFORA, No. 43, es una publicación editada por la Universidad de las Américas Puebla a través de la Escuela de Artes y Humanidades. Ex hacienda Santa Catarina Mártir s/n, San Andrés Cholula, Puebla, México, 72810, tel. 222 2292000, www.espora.udlap.mx, esporarevista@gmail.com. Editora responsable: Clemencia Corte Velasco. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo no. 04-2016-102014364800-102, ISSN: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Responsable de la última actualización de este número: [Aimee Becerril Garciamoreno](#), Ex hacienda Santa Catarina Mártir s/n, 72810, San Andrés Cholula, Puebla, México. Fecha de última modificación: 21 de abril de 2025. Queda prohibida la reproducción parcial o total, por cualquier medio, del contenido de la presente obra, sin contar con autorización por escrito de los titulares de los derechos de autor. Los artículos, así como su contenido, su estilo y las opiniones expresadas en ellos, son responsabilidad de los autores y no necesariamente reflejan la opinión de la UDLAP.

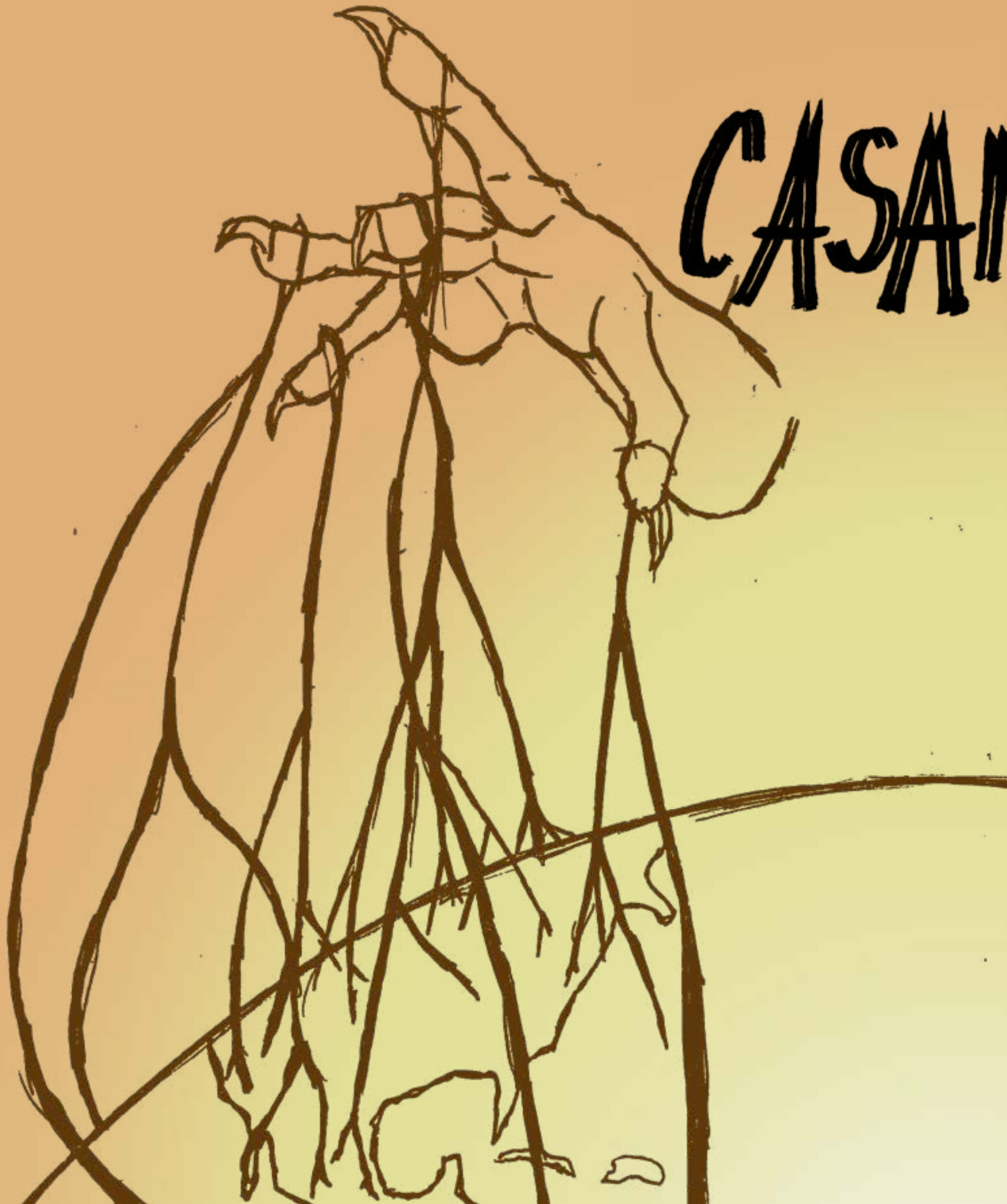
ESFORA

NÚMERO 43

ÍNDICE

- 6** **Cassandra**
I. Adriana Carrilo Cruz
- 10** **El desierto se lo lleva todo**
Xaver Bledl Tajonar
- 14** **Extraer el cuerpo**
Ximena Noemi Velazquez Huelgas
- 20** **La cabeza**
Karin Adriana Jung Jiménez
- 24** **La cerda**
Rebeca Saynes
- 32** **La hija de Juan Simón**
Vianey Serrano
- 38** **¡Seamos porblemáticos!**
Gabriela Mulia Jiménez
- 42** **Nenúfar**
Mariana Hernández Tadeo
- 44** **Visitas en domingo**
Fernanda Cedonio

L. Adriana Carrillo Cruz



VIDRA



[GAW-303.file.]

Cuando las mareas desuelen la tierra,
y las llamas negras consuman el mar,
las fronteras imponentes quebranten.
La voluntad uno ha de conjuntar.

Empezó rondando recovecos oscuros del internet. En Reddit le dedicaron hilos kilométricos sobre el fin del mundo y en X compartieron mil veces discutiendo sobre fear mongering. En X el discurso evolucionó rápidamente hasta encontrar problemas con cada palabra. “Es obvio que lo escribió un hombre” gritaba una cuenta y los reposteos se llenaban de quejas sobre la misandria y cómo todo ahora era una guerra de sexos. Alguna voz cuerda entre el bullicio mencionaba cómo siempre había sido así y la conversación seguía como si esa persona nunca hubiese hablado.

Unos meses después, alguien mencionó que una famosa ambientalista había escrito lo mismo en una convocatoria a una protesta. No he podido encontrar dicha convocatoria. Sin embargo, el discurso a su alrededor resurgió por 72 horas. Teorías sobre la manipulación de medios por parte de los judíos, la agenda arcoíris, ISIS, la CIA, los veganos (que eran lo mismo que la agenda arcoíris), y las elites inundaron el internet. Después, tan pronto como había llegado, volvió a irse de la conciencia común. Tomaría diez años más para que un académico que iba ganando popularidad en redes sociales la trajera de nuevo a colación en una cátedra que presentó sobre la inutilidad de la izquierda para movilizar a la gente. En respuesta, una academie presentó una ponencia sobre las funciones políticas y sociales del arte. El internet se desentendió de la discusión después de la tercera vez en que se utilizó la palabra “ontología”. Con un “¿para esto usan nuestros impuestos?” la discusión encontró su lápida digital.

Es difícil encontrar información sobre la prevalencia del texto en la conciencia popular después de este post [Error 404]. Fragmentos de él aparecían de vez en cuando en publicaciones académicas, revistas de ciencias políticas y sociales, humanidades y artes, pero no era más que una manera sucinta de hacer un punto. Las plataformas digitales, en su producción voraginosa y flujo torrencial ahogaron estas breves instancias en que las palabras intentaban tomar un nuevo aire. Intentando participar bajo las reglas de los algoritmos, algunos posts como estos [Error 404] [Error N312] probaron lenguaje alarmista, cínico o cualquier textura que creyeran causaría indignación. Algunos otros, buscando ser racionales, presentaron hilos kilométricos brindando datos, fuentes e información revisada por pares. Sin embargo, como lo muestran sus estadísticas de interacción, todo fue en vano [Error N312], era inútil intentar que las personas cambiaran por medio del miedo. Era inútil intentar que las personas cambiaran por medio de la razón. Era inútil intentar que las personas escucharan. Era inútil intentar... hasta que lo peor pasara. [Error 0xc0000098].

Cerca de treinta años después de su primera aparición en medios, un científico ambiental citó el texto para señalar la inminencia del cambio climático. Alguien grabó su presentación y lo posteó con la leyenda “ya que chucha!” [Error N312]. Debido a la mezcla entre hartazgo y furor que parecía causar el argot boliviano, el internet volvió a insertarse en el discurso. Entre los anuncios de las nuevas plantas petroquímicas de Musk y los viajes espaciales turísticos de una empresa adyacente a Amazon, se desarrollaba el segundo round de ambientalistas contra antiambientalistas y unas cuantas voces que jugaban a abogados del diablo, aparentando buscar conciliación, pero sosteniendo que uno de los lados no estaba teniendo suficiente atención. [Error 404] [Error N312] [ImgHD>arc.4112>14%3-FF].

Alguno de los lados nunca tenía suficiente atención. La discusión se manejaba en términos binarios, aunque no había una clara división entre dos posturas incompatibles. Personas que en un momento se consideraban enemigas podían aliarse al siguiente para desplazar el foco de la burla o de la indignación hacia alguien más.





Un otro que opinaba distinto y cuya opinión formaba ahora ese opuesto binario aparentemente incompatible. Pronto ya no se hablaba del texto, sino de cómo los medios censuraban publicaciones con millones de me gusta. Sin embargo, el texto no murió. Había tenido la osadía de volver a la vida, cuando la conciencia popular ya le había dado una muerte digna décadas atrás. Esta vez no tendría descanso. Esta vez su condena sería la vida eterna del meme y la referencia perversa: desde “Mis amigos y yo conjuntando voluntades” sobre imágenes sugestivas, hasta videos de fisuras en el muro entre Líbano y sus territorios ocupados siendo reparados con descripciones que decían “las fronteras imponentes no se quiebran” [Error N312] [Error N312].

Sólo esto quedó del texto durante setenta años. Ironía rayando en cinismo. Ni siquiera las instituciones académicas, a pesar de su creciente interés en la cultura popular y su desarrollo en el hiperespacio, se atrevieron a tocar el tema por cincuenta de estos años. Toda sutil referencia era rápidamente acallada en aras de no prestar el espacio a la disrupción. El patrón de referencia y subsecuente discurso se repitió cerca de diez veces después de esto. Cada vez el discurso duraba un promedio de 54 horas de donde surgía una serie de memes nuevos que se perdían entre el mar creciente de anuncios sobre alguna nueva empresa billonaria. Un acuario de especies extintas en el mar Ártico anunció su colaboración con PetreX para “pagar la deuda histórica con las ballenas jorobadas” al exponer el último esqueleto de la especie que la empresa no había vuelto combustible fósil en su laboratorio. Una nueva compañía diseñaba una estructura de concreto compuesto de material reciclado que brindara sombra en ciudades deforestadas; una alternativa que no desgastara las banquetas ni los suelos pavimentados. Un par de voces trajeron a colación el hecho de que el “material reciclado” era material recabado de ciudades bombardeadas, aquellas que los muros de las fronteras contenían para volver recurso material. El discurso duró 72 horas.

Y así ha pasado años, lustros y siglos, con ciclos similares, siempre volviendo a nuestro radar, temporalmente y enmarañado en confrontaciones infructíferas. Hoy se cumplen 320 años desde el día en que este texto debutó en la conciencia colectiva y es la fecha que seguimos teniendo discursos sobre él. Pero ¿qué era este texto sino una advertencia a esta separación e inactividad? ¿Qué era sino una posible salida de estas condiciones cada vez más precarias y menos dignas de vivirse? La última línea del texto enuncia: “La voluntad uno ha de conjuntar”. Más allá del meme, de la ironía con la que se ha tratado este deseo, esta esperanza, ¿qué pasaría si hubiese alguien que conjuntara nuestras voluntades? Si alguien se animara a tomar la batuta. Si tuviéramos a un verdadero líder. ¿Y quiénes mejor para liderar este cambio que las personas que estamos aquí? Aquellas que vemos los problemas estructurales a la cara y les conocemos por nombre y apellido. Las que entendemos la realidad con la complejidad que sólo las humanidades y las ciencias sociales nos pueden mostrar.

Había una razón por la que Platón quería que la república fuera regida por filósofos. Habría tomado las riendas alguien que no se habría dejado corromper por el dinero o el estatus. Si algo nos ha enseñado este texto es que el tiempo no nos es gentil. Seguirá pasando, queramos o no. La tierra seguirá girando y muriendo lentamente ante nuestros ojos. Es momento de que hagamos algo al respecto. Que pasemos del discurso a la acción. Es momento de volvernos esos líderes que guiarán a la humanidad hacia un mejor mañana.



Xaver Bledl Tajonar
Franz.bledltr@udlap.mx





EL DESIERTO SE
LO LLEVA
TODO



Jorge Arnáez era el jefe de policía en Loreto, Baja California Sur. Él reconocía que su trabajo era mayormente aburrido. Nada pasaba en Loreto: la mayor parte del año era una ciudad para gringos retirados que pasaban el día engordando y bebiendo, de vez en cuando metiéndose al mar, diciendo que era perfecto; pero todos los mexicanos sabían que las playas más feas eran las de Baja California: las playas eran piedras y agua helada. En lugar de selvas tropicales como las del Caribe, aquí tenían un desierto interminable, empapado por la fría brisa marina y un silencio que solamente rompía alguna criatura oceánica que pasaba. Pero la vida era buena, no había narco, ni corrupción, ni crimen: nada pasaba.

El jueves era uno como cualquier otro: un malnacido que todavía no se transformaba en viernes. La mañana estaba soleada, los otros pocos oficiales de policía que había en la estación llegaban tarde como de costumbre. Todos bromeaban, incluso Jorge, quien constantemente les decía: “¿Y para qué quisiste ser policía?” Era en esos momentos en los que los mexicanos verdaderamente se olvidan de tener un trabajo mediocre y una vida solitaria. Nada pasaba en Loreto; había gringos ebrios de vez en cuando. Al medio día, el ambiente estaba holgazán, lo único que había ocurrido fue el escape de un gato de la casa de una señora, a la que Jorge consideraba algo decrepita, por lo cual mandó a Luis a hacer el trabajo. El jefe de policía reía al imaginar la cara enfadada de Luis. Entonces, tras escuchar el alboroto fuera de su oficina, queapestaba como a taco relleno de nicotina, Jorge salió malhumorado a ver qué demonios ocurría. Le pareció una broma de mal gusto, pero poco a poco el sabor a plomo fue ahogando el del tabaco.

“¿Sabes cuándo fue la última vez que una persona desapareció en este pinche pueblo?” Le dijo a Luis, quien tenía la cara pálida “hace como 20 años y fue un turista que se puso pedísimo y se cayó al agua.” Luis pasó saliva y dijo: “¿No cree que haya sido lo mismo con el esposo de doña Ortiz, jefe?” Jorge ocultaba su preocupación con una máscara de enfado. No, por supuesto que no había sido eso, este país se estaba poniendo peligroso. “No en mi ciudad”, se decía Jorge, “no en mi ciudad”.

Por suerte, Luis se mantuvo callado el resto del camino.

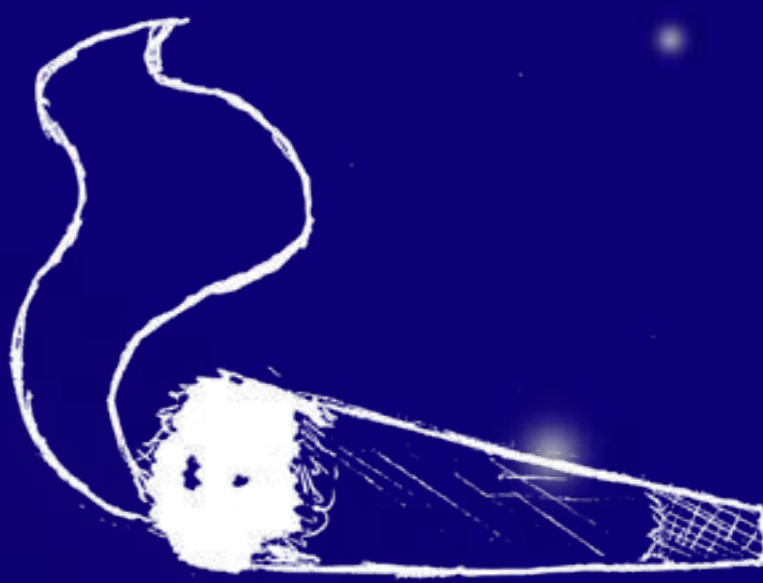
Al llegar al rancho de don Ortiz, lo primero que notaron es que estaba bien metido en el desierto, no había más que cactus y arena seca que partía labios y esperanzas. Los perros de don Ortiz estaban flacos, eran malhumorados y no pararon de ladrarle a los policías. El calor se colgó de las espaldas de los dos. Doña Ortiz estaba muy asustada, dijo que a su marido se lo había llevado el chupacabras o uno de esos cuentos polvorientos que a Jorge le caían tan pesados. Primero trató de explicarle que lo más probable era que el crimen organizado le hubiera hecho algo al pobre hombre, pero la señora era obstinada y no le creyó. Finalmente, Luis, quien era mejor lidiando con la gente, le arrojó una mirada al jefe diciendo: “ya párale”, así que Jorge declaró: “No se preocupe señora, encontraremos a su marido cueste lo que nos cueste.”

De camino a la ciudad fueron comentando lo que habían visto y oído. Luis parecía más calmado, mientras que el jefe estaba enojado y obstinado con la idea de que había sido algún cártel quien se había llevado a don Ortiz. En silencio, Jorge fue cayendo en cuenta de su estupidez. ¿Qué le podría pedir un secuestrador a la pobre doña a cambio de su esposo? ¿Perros que ya eran más bien sacos de huesos? No, algo andaba raro con este desmadre. Luis puso la radio a máximo volumen para distraerse un poco y esta vez, al jefe no le importó.

Ya en la ciudad, la gente los miró con confusión. “Seguramente alguien anduvo de bocón”, dijo Jorge. Luis adoptó su actitud de mediador y le dijo que la ciudad era pequeña y que sería más raro que algo de esta magnitud no se hubiera dado a conocer. El resto del día se ocuparon de llenar papeleo y tonterías del estilo. Nada de esto servía ni ayudaba a don Ortiz, pero tenía que hacerse, así que Jorge, Luis y Leticia, otra de las policías de la estación, lo hicieron. Jorge debió fumar una cajetilla completa, porque para cuando habían terminado, hasta él se quejaba del hedor. Esa noche, el jefe no pudo dormir, su departamento se sintió todavía más solo. Extrañaba la compañía de Carla, su exesposa, pero como siempre, se dijo: “Hazte hombre, cabrón.” Luego de beber una cerveza medio caliente que sabía cómo pan rancio, Jorge se quedó dormido viendo las noticias, en las que una señora-sapo no paró de hablar de don Ortiz y de la investigación que todavía ni habían empezado.

Al comenzar el trabajo de verdad al día siguiente, lo primero que Jorge notó fue que nada encajaba: todo eran tonterías y murmullos; era muy extraño. La repentina desaparición de don Ortiz carecía de explicación.





La semana siguiente fue el final de un capítulo ajetreteado. Era más de lo mismo: no había ninguna evidencia contundente que pudiera ayudar a resolver el misterio. Luis estaba cada vez más tenso, Jorge más enfadado y los demás policías más asustados. Leticia trataba de ayudar al jefe, quien estaba más terco y malhumorado que nunca. El miércoles empeoró todo: otra persona, un niño pequeño, de apenas seis años desapareció cerca del mismo desierto, sólo a unos kilómetros del rancho de los Ortiz. Este evento aumentó el mal humor de Jorge, que se estaba tornando en desesperación y angustia. Estos últimos se contagiaron por toda la ciudad.

“¡Esto no puede estar pasando!” Gritaba Jorge aún más enfadado; nada encajaba, todo lo que encontraban no los llevaba a nada. Las sugerencias de Leticia se volvieron más y más incoherentes, pero la actitud mediadora de Luis permanecía en la estación, aunque era cada vez más ineficaz. Ese viernes las cosas se salieron de control. Leticia sugirió que revisaran el único lugar donde todo coincidía: el desierto mismo, esa región seca y endemoniada cerca del rancho de don Ortiz y Jorge, más decidido que nunca, se fue por su cuenta a realizar esta imprudencia.

Pasó horas manejando alrededor del lugar, sin encontrar nada, su desesperación era tan envolvente como el calor. Al anochecer, paró en un acantilado que miraba al mar arenoso que se extendía de un cerro al otro. Ahí maldijo por horas, hasta que la oscuridad se volvió absoluta. Algo capturó su atención: un coche que se detuvo al lado de la patrulla del jefe. De él bajó un hombre sombrío. “¿Jefe de policía Jorge Arnáez?” Dijo. “Soy yo”, respondió Jorge dudando. “¿Quiere encontrar al niño no es así?”. Sin pensarlo, el jefe asintió. “Tiene que ver con mayor detenimiento”, le dijo el hombre y se dirigió al acantilado, sin decir más. Jorge lo siguió, sintiéndose repentinamente cansado y muy sediento. Entonces dijo: “Así es como lo encontrará”, y empujó a Jorge por el acantilado. Su descenso duró minutos desgarradores en los que muchos de sus huesos se quebraron, pero lo que se rompió con mayor fuerza fueron sus energías.

Por horas, Jorge trató de arrastrarse, sin lograr avanzar más de un par de metros. Cuando la luna se levantó, todo quedó resuelto.

Al abrir los ojos, Jorge se encontró en un mundo trastornado: el cielo era muy rojo y oscuro. Las estrellas titilaban oníricamente sobre el plano carmesí. La arena tenía un tono parecido al de la sangre cuando se coagula y los cactus eran ramas negras muy altas y delgadas que desgarraban las nubes grises que hacían penitencia entre los secos montes, como si fueran sombras.

Jorge se levantó tambaleándose, más incrédulo debido a la realidad que lo rodeaba que por el repentino saneamiento de sus fracturas. Cuando logró equilibrarse, percibió un extraño sonido omnipresente zumbando en lo más profundo de su ser. Era como un centenar de trompetas, acompañadas de tubas y coros infernales tocando al unísono la nota más grave que podían producir.

Por un momento, que bien podría haber sido segundos o siglos, Jorge caminó sin rumbo en este plano que escapaba de su entendimiento. Pronto se percató de que no se había movido; era como si este lugar fuera infinito. Sus memorias y su ego se disolvían en esa inmensidad.

Repentinamente, Jorge notó una procesión interminable: una fila de figuras envueltas por largas mantas moradas caminando en silencio, en paralelo a él. La marcha fúnebre de estas criaturas le parecía a la vez lo más humano que había en este lugar y lo más inhumano que había visto en toda su vida. Los siguió por un rato, se dio cuenta de que debajo de esas capuchas, lo único que había eran dos líneas blancas que se asemejaban a ojos.

La procesión se detuvo y Jorge sintió su sangre escalándole las vértebras. Las criaturas se quedaron inmóviles por milenios, hasta que, en un momento de coordinación absoluta, voltearon en unísono hacia Jorge, sus casi ojos atravesando el plano en su dirección, pero no a él.

De la lejana oscuridad se acercó una figura bestial pero humana, encorvada en cuatro patas y observando todo a través de prolongadas líneas blancas que parecían ser sus ojos. En un momento se había detenido, profundizando su respiración, al siguiente la criatura estaba justo frente a Jorge, quien fue atravesado por el aura que emanaba el ente frente a sus pies. La criatura se mantuvo inmóvil. Jorge se dio cuenta de las fauces de este ser: comenzaban debajo de sus ojos, pero parecían recorrer su cuerpo entero, hasta la punta de sus pies.

Sus fauces se abrieron, revelando la oscuridad más profunda de la existencia detrás. Jorge presenció el nacimiento de estrellas y galaxias, de planetas e imperios que empaparon las nubes primordiales del universo. Todo era y nada existía. Todo fue verdad en un momento en el que nada lo fue. La ulterior luz se apagó y el último cuerpo estelar se evaporó. Nuevamente, las tinieblas reinaron en la ontología que era la garganta de la criatura.

Ahora él caminaba en la procesión que no tenía límites. Los peregrinos provenían de todos los rincones de la creación y estaban aquí para ver al cosmos, que recibía todo aquello que el desierto se llevaba, solo para entregárselo a él. El problema era, que el desierto en su ambición y egoísmo, se lo llevaba todo.



Ximena Noemi Velazquez Huelgas

Puebla, Puebla

instagram: xhximena

Ximena.velazquezhs@udlap.mx

noeminv2006@gmail.com

EXTRAER EL CUERPO

La ciudad huele a caño, basura, y vapores venenosos. El cielo tiene borrasca, pero deja entrever el blanco de zinc y las estrellas negras. El cuaderno de dibujo se le resbala de las rodillas. El humo del cigarro se confunde con el vaho que se desliza al departamento. Beto cierra la ventana para evitar el ruido de una ciudad hostil. No le gusta vivir en pleno centro, aunque le gusta la vista nocturna, la cercanía del metro y el mercado de la vuelta. En especial, le gusta el metro porque a siete paradas de su estación llega al pasaje de los libros donde conoció a Dani.

Preguntaba por el retraso del nuevo número de una revista que agitaba con vehemencia frente al tendero. Beto se acercó antes de que Dani se peleara con el chico por no hacer bien su trabajo y le explicó que la editorial había respetado el día festivo de ese mes, así que la entrega no saldría hasta dentro de dos días hábiles. Dani se volvió con arrogancia.

Chico, no estoy hablando contigo, pero ¿dónde te enteras de esas cosas? Trabajo para la revista, hago las portadas.

Eso bastó para que Dani le invitara a tomar algo. Naturalmente, hablaron de la revista.

Dani la compraba porque era de una editorial independiente que publicaba historias más o menos decentes y porque su arte se parecía al de Beksiński. Beto dijo que a él no le interesaba. Dani le preguntó entonces por qué trabajaba ahí y Beto dijo que, sencillamente, le gustaba dibujar.

¿Lo que sea? Mientras más horrible, mejor, ¿tú a qué te dedicas? Trabajo en el Sanborns, el que está por la Juárez.

Beto comenzó a recoger a Dani del trabajo y eventualmente comenzaron a salir, a regalarses cosas, a frecuentar rutinas, a formalizar.

Bísquets del Sanborns de los azulejos y conchas de La Ideal, Plaza Garibaldi y Mercado de La Lagunilla, cervezas en Cuemanco y margaritas en El Nueve; labial amore rojo mate y estuche de acuarelas iridiscentes, cinturón con hebilla de Tauro y disco de David Bowie, abrigo de terciopelo amarillo y boletos para Mireia Dona. Beto comenzó a presentar a Dani como su pareja en las cenas de la revista, y luego, Dani le presentó a su hermano.

Mi hermana dice que dibujas. Sí, trabajo en una revista. ¿Cuánto hace que salen? Casi un año. Es voluble, inestable e hipcondríaca, ¿no? No creo. Yo sí, se medica para dormir. Tiene insomnio. Eres algo simplón, ¿no?, ¿por eso le gustas? Yo creo. Bueno, hazte a la idea de que Dani no dura con nadie, se le metió en la cabeza que quiere ser hombre y cuando lo cuenta terminan huyendo, si les dijera que tiene lupus o algo así los asustaría menos, ¿sabías, ¿no? Sí. ¿No te molesta? No, también me gustan los hombres. Ah, no se te nota, pero oye, Dani no es un hombre, ¿te conflictúa? No. Bueno y, ¿cómo cogen?

En un recuento de situaciones incómodas, la breve conversación con el hermano encabezaba su lista. Cuando le platicó, Dani se encogió de hombros y dijo que le daba igual, que su hermano siempre había sido idiota.

¿Por qué no transicionas? Ya lo intenté, pelo, hormonas, mastectomía, pero los niveles de testosterona no aumentan, el pelo me crece a la semana, en general todo me vuelve a crecer, como bolitas de carne que luego se hinchan, nadie sabe por qué, y yo ya no pregunto. ¿No hay algo más que puedas hacer? Pues los binder me ahogan y las vendas lastiman, mejor opté por los escotes, les tomé cariño. No te lo había querido preguntar, pensé que no querrías hablar de ello, pero las cicatrices que tienes debajo del pecho, ¿son de eso? Sí, pero ya casi se borran, aunque me duelen por la varilla del brasier, oye, ¿vamos por un café?

Empezaron a vivir juntos. Compraron un colchón King Size y Beto desocupó unos cajones del tocador. Compartir eso era encantador cuando Dani se

limitaba a ordenar alfabéticamente el estante, lavar los platos y permitir que Beto lo dibujara, dejaba de serlo cuando Dani se quejaba de dolencias inventadas sólo para obtener atención. Sobre todo, cuando se iba y no volvía hasta varios días después, descolgándose por el andamio y metiéndose por la ventana porque había olvidado las llaves.

¿Así va a ser siempre?, ¿tú te vas y yo te espero? No te engañe, si es lo que preguntas. ¿Qué es lo que haces, Dani? Tengo pesadillas, entonces camina. ¿Días enteros? Para mí son horas. ¿Por qué no vas a que te receten otra cosa? No quiero, con la eszopiclona estoy bien.

No había más explicaciones, a veces medio soltaba fragmentos de sus paraderos mientras Beto le preparaba un sándwich y un lechero con falsa indiferencia.

¿Con qué sueñas que prefieres irte a caminar? Con la pestilencia que vaga en las tinieblas. ¿Eso qué? Quién sabe, no quiero ni saber, prefiero recorrer esas calles. ¿Cuáles? Las de ciudades sin nombre. ¿Cómo son? Como aquí, pero más grises, en ruinas, hay estrellas que giran en el cielo y auroras boreales. No lo imagino. Qué bueno, porque después no te dejan. ¿Cómo llegas ahí? Ya deja de preguntar, no sé si es contagioso y no te voy a arriesgar.

Beto prende otro cigarro, le da igual que la ventana esté cerrada. Pinta. Mientras espera, traza nauseabundos e inconexos retratos de acuarela y sacrílegos paisajes en tonos cálidos y brillantes, como los labiales de Dani, con texturas aterciopeladas como su abrigo amarillo. La vida podría reducirse a eso. Pero esta noche, en vez de aparecer por la ventana, Dani toca la puerta.

Volví a intentarlo, dice cuando la puerta apenas se abre. Se quita la camiseta y enseña, con orgullo, el pecho plano y vendado.

Beto prepara su merienda habitual, Dani, sentado en la encimera, no deja de hablar de la operación, de la firmeza del pecho liso. Luego contesta el teléfono, que lleva horas sonando: es su hermano.

¿Dónde estabas? Me operé. Pásame a Beto. No, ¿para qué? Dani, mira, no me importan tus asuntos, pero mínimo avisa dónde estás, o dile a tu novio que deje de llamar para preguntarme si de casualidad, no te he visto, no me metan en sus asuntos, ¿quieres? No te preocupes, yo le digo, pero no vuelvas a llamarnos, ¿okey?

Dani cuelga y toma el plato y la taza de estrellas que Beto le ofrece.

A veces eres muy grosero, Dani. Por favor, ni a ti te cae bien, no entiendo, ¿para qué le llamas si ya te dije dónde estoy? Intento ser amable con él, no todos somos como tú. ¿Ah no?, creí que el cinismo estaba de moda. Cálmate, sólo digo que a veces eres grosero. ¿Qué te digo?, lo que ves es lo que hay. A veces rayas en lo monstruoso. ¿Y?, eso te gusta. ¿Por qué no me pediste que te acompañara? No pude, pero está bien, voy a curarme. No estás enfermo. ¿Que no lo hueles? ¿Qué cosa?

El olor de mí mismo pudriéndome.

¿Por qué se lo permitiste?, Beto, no le des más cuerda, siempre exagera, te dije que mi hermanita es una hipocondríaca y aun así la dejaste irse por ahí a hacerse quién sabe



qué, ¿no sientes culpa?

Beto cuelga sin despedirse. Prepara vendajes limpios y ayuda a desenrollar el sucio. Le pregunta si no debería tener un tubo para drenar, ¿quién demonios lo operó? Dani se mira con decepción el cuerpo desnudo. No hay grapas, sólo trocitos de metal puntiagudo en vertical que el cuerpo devora.

¿Cuánto apuestas a que van a volver a crecer?

Beto llama a una enfermera amiga suya para que vea a Dani, quien se niega a moverse. No han pasado dos días desde la operación y ya parece sano, suave y fibroso al tacto, pero no va a trabajar, van a despedirle, pero le da igual, puede pedirle dinero prestado a su hermano. Siente rigidez que se le extiende del cuello a las muñecas y no puede estar de pie porque siente un pellizco en la ciática. Además tiene migraña y le duele debajo del pecho, donde se absorbieron las grapas. Según la enfermera, a simple vista no hay nada extraño.

Aunque no te vendrían mal unos exámenes de control, una QS, un EGO, perfil hepático completo y una resonancia, y sigue con la eszopiclona. Ni me hace. Aumenta 3 miligramos.

Las visitas de los médicos se vuelven habituales. Prescriben antibióticos, analgésicos, somníferos, radiografías, anticuerpos, plasmaféresis, inmunofluorescencia, resonancias, biopsias, potenciales evocados, proteína 14-3-3 específica, secuenciación ACVR1 y proteína C reactiva de alta sensibilidad.

Quiero que sepas que no diré nada si me dejas, le dice Dani, quien se alza la mata de pelo negro en un chongo, puedo ir a casa de mi hermano y arreglármelas.

Beto se hastía, mira a Dani, pálido, ojeroso, las manos de huesecillos endebles sangrando icor.

Ni siquiera puedes moverte normal, Daniel. Alcanza un cuaderno y se pone a trabajar. Dani no dice nada más.

Las estructuras vasculares y óseas salen bien valoradas. No hay nada

mal en él. Eso no impide que le nazcan huesos, que haya que adaptar la habitación con la instalación de un lavabo, esterilizante en todo momento y transfundirle interferón beta de manera subcutánea. Se drena la sangre sucia y la piel comienza a desprenderse en largas tiras, húmedas y escamosas.

¿En qué momento crees que me empiece a despellejar por dentro?

Cuando está aburrido de tener el cuerpo operado y zurcido se arranca los injertos de piel en malla. No se unta pomada porque prefiere pintarse los labios y rizarse las pestañas. Hagan lo que quieran conmigo, mi cuerpo lo rechaza. Desde un sillón junto a la cama, Beto lo observa, tiene

una idea fugaz sobre la piel en forma de panal que se pudre en el piso, húmeda y violeta.

Con ella, podría cocer un lienzo y pintar para intentar describirlo, cubrirlo con óleo, componer con fluidos antes de que no lo pueda recuperar.

Cuando puedes dormir, ¿sueñas? Mucho. ¿Con qué? Ya te dije, con la misma pestilencia que vaga en las tinieblas, déjame en paz. No seas así, cuéntame bien, quiero pintar. ¿Si te digo me dejas? Sí. Que quede claro que yo no quiero, pero da igual, a ver, ponte a pintar.

Dibuja lo que Dani dice, con azul prusiano y agua de la morgue. El cuarto se

llena de frascos de aceite de amapola y linaza, tubos de óleo y frascos de aguarrás, paletas y pinceles, acrílico y retardador, pasteles y laca; codeína, desinfectante y alendronato, polvos antifúngicos, violeta de genciana y apósitos, cajas de pastillas, retazos de piel y restos de huesos deformados.

La casa está llena de esos lugares que Dani no puede describir con precisión y que Beto se esfuerza por perfilar. Le dice que lo hace para las portadas; en realidad sólo quiere ver lo que Dani ve, transcribirlo. Cuelgan de las paredes, a carboncillo y texturizadas, reposan sobre los muebles, en unicel recubierto de redimix o plastilina, criaturas amorfas.

Dani está encerrado en su cuarto, porque después de que se le cayó la piel artificial, siguió todo lo demás. Tiene el cuerpo hecho de cuerdas retorcidas y de solidez porosa, con las manos curvándose en postura de oración. Los médicos dicen que se deformó irremediablemente, su hermano casi vomitó el día que lo visitó. Beto perjura que es sólo una forma más de las muchas que Dani puede adoptar, que era un recipiente, y ahora es más, algo entre alma y carne.

Desde la cama que aún comparten, miran por la ventana. Afuera ya anocheció, se ve la ciudad en ruinas. Beto ve Orión, Ain, y Aldebarán, giran en su propio espacio. Beto ahora ve cosas de exorbitantes matices que no puede describir.

Mira sus dibujos sobre Dani, comienza unos nuevos, con tal de retenerlo un poco más.

LA CABEZA

Karin Adriana Jung Jiménez
Cholula, Puebla
karin.jungjz@udlap.mx

La piel crujió cuando se aventó al sillón y su perfume caminó sobre mis dedos. Apreté la boca, la panza y las manos. Jadeé para mis adentros y me senté a su lado. Traía manchas de risa en su chaqueta, cachitos de un aire lejano que se le pegaron junto al beso y que canturrearon por mi nariz antes de atascarse en mis oídos. Moví la pierna y esperé.

—¿Quieres agua?

—Traigo aquí mi bote, gracias.

—¿Sí? ¿Seguro?

Asintió. Sus manos en sus rodillas, poco a poco se fue despatarrado en el sillón; su vista fija en la cocina mientras sus dedos salían de su zona de confort para entrar a la mía, chocar con la tela de mis pantalones y luego tocar mis piernas. Me acomodé el pelo en el pecho escuchando una ventana tintinear. Él pasó saliva y, sin verme, se lamió los labios. “Pareces uno de esos perros bebiendo charcos”, pensé decirle, pero me amarré la lengua entre los dientes.

La punta de los pies hacia adentro, luego hacia él y hacia el sillón. ¿El brillo labial estaría intacto? Fingí rascarme la nariz para tantear un poco: la misma consistencia grasosa. Desde hace rato quería comerme mi propia boca; lamer tanto mis labios hasta que el sabor a fresa mal picada se acabara. Pero lo estaba esperando. Me aguanté y mordí la piel de mis cachetes. Su mano en mi pierna, sin subir o quizá sí; de alguna forma ahora tocaba mi muslo. Me tensé, volteé y me dejé.

—Mejor sí te acepto un agua.

Su cara hacia el lado contrario. Quizá debí pedir el beso antes.

—¿Sí? ¿Un vaso?

—Sí, por favor.

—Bueno, están en la cocina... Ya sabes dónde, ¿no?

Me miró, quieto y oliendo a confusión. Sonreí. Inclino la cabeza y señalé el fondo del pasillo.

—Por allá a la derecha. Repisa izquierda. Agarra el que quieras.

—¿Sí? Pero...

—Habría lavado el azul, pero ya no me dijiste nada, así que está sucio.

—¿Cómo?

—Sí, Marco lo usó ayer.

Se aguantó. Callado fue por agua, aunque su respiración alcanzó a cubrir sus pasos. Hizo ruido en la alacena y un escándalo al servirse. Yo no hice nada, simplemente me acurruqué en mi sitio y me callé. Esto no es más que rutina. Él se va, aparece y hace lo que quiere, luego habla de su novia, juega con mi cabello y se queda sin nada. Me da todo, hasta su olor a cigarro: lo único que no quiero.

—¿Ya me vas a decir qué te traes? —

Su voz opaca contra el vaso.

Alcé los ojos y lo vi. Parado, tomando agua con porte de “me valen madres las chamaquitas pendejas”, sin preocuparse por nadie, aunque fingiendo interés por mí. Deseé que leyera la mente y pensé: “Hazlo. Bésame”. Me encogí de hombros. Frunció la boca y pensé imitarlo.

—Sabes que me cagan las adivinanzas. ¿Qué te pasa? Y ni me digas que nada, que esa ya me la sé.

Matías era así. Directo y castroso. Listo para terminar, sin ganas de vivir procesos, sólo ansias de comer —a mí, a otras o al mundo— mientras alguien le recordaba los años que aún le quedaban de juventud. Su alma vieja lo dejaba vagar por la tierra y estar “bien vivido”, según mi mamá. Pero yo lo sabía. Matías no había vivido nada, por eso éramos iguales.

Su cuerpo había hecho y deshecho mil veces, pero él no cambiaba. Sin importar qué, él seguía igual de hambreado y zopenco, todo porque su cabeza no iba con él. Esa se le zafaba y se ponía a rodar por los campos; de la nuca le salían patas, verdes y viscosas como las de los renacuajos, y corría hacia el barranco, persiguiendo vacas o muchachas chulas que se le cruzaran. Él mismo me lo había contado.

“¿Y te duele?”, le pregunté la vez que me llevó a su casa.

Matías se volteó para pensarlo. Sin verme me acercó su cuerpo. Lento, como un perro que huele a su presa, agachó su cabeza, se quitó las greñas de la nuca y su voz sonó desde atrás:

“¿Tú qué crees?”.

Su piel estaba limpia, sin cicatrices ni tatuajes, sólo un par de manchas que, guardando un pasado de lunares, se habían deformado hasta parecer moscas que movieron sus patas para saludarme. Estarían entretenidas con mi reacción. Me había imaginado trozos de piel descarapelada, unos huecos como los que tienen los peces para respirar o, de pérdida, unas patitas desinfladas que le colgaran de la piel, pero parecía que a eso se resumía todo. No había nada, no se veía doloroso.

“Te pudres.”



Pero mi voz no llevó la pregunta consigo; quizá ni yo quería saber de su magia. Él no se ofendió, nomás fingió su risa antes de volverse a cubrir y dejarse caer junto a sus manchas. Ofrecí mi oreja izquierda, reemplazo de mi rostro escondido entre los pliegues de una almohada. Contentarlo era fácil, hasta más que a sus manchas, estampa de su magia, que salieron para revolotear sobre mi cabeza, lamiendo y raspando mi piel como lo harían los pelos de su barba.

Mis tías decían que Matías no era brujo. Para ellas no era más que trabajo: un chamaco hambreado que más valía tener lejos y vigilado; un bruto que gozaba haciendo rondines por mi casa. “Si es que le busca, le busca la forma. Ve una ventana abierta y se lanza”, “Te digo que no me da nadita de confianza. Ese ya está maleado y aunque me digas que no, se le nota.”

Sentadas en la vieja cocina, dejaban que las palabras se quedaran entre ellas, guardándolas entre sus pelos para que se entretuvieran ahí buscando chinches o corucos. Yo las veía en silencio, midiendo con el dedo el grosor de sus pláticas, a veces más nutridas que otras por las voces de sus respectivas comadres. De a ratos me salpicaban para que no me fuera y me previniera, según ellas. “Y mucho cuidado, hija,” me decían siempre para cerrar el discurso, “acuérdate que si el río suena, es porque agua lleva.”

Tampoco es que yo me creyera todas las historias de Matías, pero sabía de la magia rara que tenía; similar a los que hacen hablar a las marionetas: me susurraba al oído sin mover la cara, paseaba la mano por mis piernas sin dejar de tocar mi rodilla y dejaba que su perfume, al que había vuelto enredadera, se paseara por los cuartos a los que llegaba, anclando cachos de su esencia. El lugar al que entra Matías cobra vida.

—Enséñame —dije, porque no me atreví a pedirle el beso.

—¿Qué te enseñó? —Su cara se puso contenta y con una mano tanteó su pantalón.

—Cómo te sacas la cabeza. Quiero verlo.

Me miró, se rascó la barbilla y, sin soltar su vaso, chupó su pulgar. Sonrió y enarcó las cejas.

“¿De veritas?” La pregunta salió sin que abriera la boca. Asentí. Tenía los labios pegados y pocas ganas de romper su magia. Su perfume ahora estaba en mi lengua y el aire se había llenado de voz. “¿Y qué me vas a dar? Porque sabrás tú, chucuela, es un buen esfuerzo. Es un truco que no le enseñó a cualquiera”. Los broches de mi pelo en la mesita. El sillón volvió a cruji. Estaba quieta con él encima.

De sus brazos escurrieron rastros de algún cigarro que había fumado. Vi los hilillos bailar con sus pelos y del viejo beso en su cuello se escucharon ecos de risa. Voz dulce que me supo lejana, más que desconocida. El sonido ronroneó en mi garganta. Aunque quise, no me reí. Esperé un poco más. La palma de mis manos contra mis muslos. Él hablaba: peleándose contra algún botón de su camisa o insinuándome que lo ayudara, pero su voz estaba tan lejos como la historia que sus cejas contaban. Mochas del final, con unos cuantos pelos al inicio, en el centro seguían tupidas, casi tan negras como la mancha que deja un zancudo aplastado en la pared. Estiré mis dedos para tocar la piel. De tanto correr por ahí, la cara se le había agrietado, sumido e hinchado. Rasguños en los cachetes, costras en la frente y hoyos junto a las patillas.

¿Alguna vez se habría peleado contra algún bicho? Me lo quedé viendo, a sus greñas opacas y al cartílago mordisqueado de las orejas. Al andar a ras del suelo, seguro se habría topado con algo. Nomás dos patas... Para salvarse la tendría difícil. Quizá se tiraba sobre su pelo y dejaba a las patas revolcarse en el aire. El problema sería enderezarse. Tanto batallar le había pelado las entradas.

En sus pestañas quedaban gránulos de tierra, rastros de su última escapada, pero que, con cada parpadeo, me picaba los ojos cual lluvia terrosa. Abrí la boca para saborearlos, ansiosa por un sabor húmedo y fresco, pero sólo hubo tierra amarilla, de esa donde no crece el pasto y que todos evitan pisar. Él me estaba viendo, casi expectante ante mis gracias de ingenua, pero yo lo seguí esperando.

Mis manos se sentían quietas; envueltas en un recuerdo ajeno, extensión de alguna magia suya, quedé despojada de tacto. Incompleta a pesar de tener mi cuerpo bajo aparente control. Su cuerpo me fue lejano, robado por un capricho invisible que lo dejó hueco. Busqué el fragmento de risa en su cuello: no le quedaba más que un tachón rojo mal desdibujado.

—Mejor a la otra, chicuela —

Se quitó

—. Eso de sacarse la cabeza es todo un rollo que ahorita no quieres ver.

Paré la trompa, pero no hizo nada. Había saciado su hambre antes de venir.

Rebeca Saynes

rebecamorales128@gmail.com

Puebla, Pue.

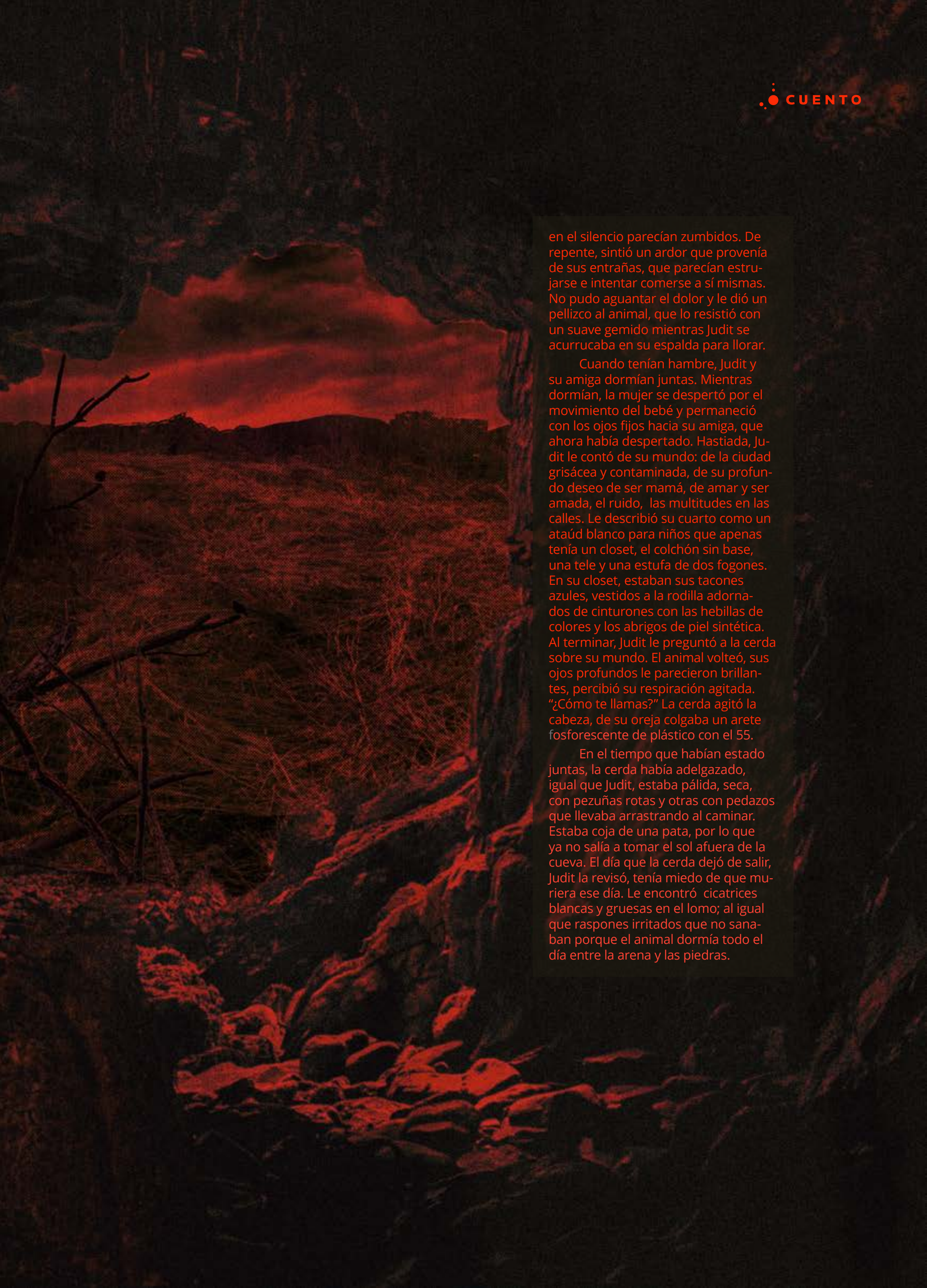
@r_moraynes (instagram)

222 724 5697

LA CERDA

El cielo se veía empañado, cubierto de pedazos mohosos que flotaban. Ya habían pasado muchos días así y el hongo seguía esparciéndose. En las mañanas se veía gris, pero al atardecer fluían vapores espumosos; pus negra que se escurría en la tierra infecta y sufriente.

Resguardadas de aquel líquido, estaban una mujer y una cerda dentro de una cueva. Judit, la mujer, se hallaba sentada, acariciando la cabeza de la cerda que yacía acostada en sus piernas junto a su vientre. Sus manos eran ásperas y estaban sucias, al igual que su anillo de oro, manchado de lodo y sangre. Mascullaba palabras inconexas que



en el silencio parecían zumbidos. De repente, sintió un ardor que provenía de sus entrañas, que parecían estrujarse e intentar comerse a sí mismas. No pudo aguantar el dolor y le dió un pellizco al animal, que lo resistió con un suave gemido mientras Judit se acurrucaba en su espalda para llorar.

Cuando tenían hambre, Judit y su amiga dormían juntas. Mientras dormían, la mujer se despertó por el movimiento del bebé y permaneció con los ojos fijos hacia su amiga, que ahora había despertado. Hastiada, Judit le contó de su mundo: de la ciudad grisácea y contaminada, de su profundo deseo de ser mamá, de amar y ser amada, el ruido, las multitudes en las calles. Le describió su cuarto como un ataúd blanco para niños que apenas tenía un closet, el colchón sin base, una tele y una estufa de dos fogones. En su closet, estaban sus tacones azules, vestidos a la rodilla adornados de cinturones con las hebillas de colores y los abrigos de piel sintética. Al terminar, Judit le preguntó a la cerda sobre su mundo. El animal volteó, sus ojos profundos le parecieron brillantes, percibió su respiración agitada. "¿Cómo te llamas?" La cerda agitó la cabeza, de su oreja colgaba un arete fosforescente de plástico con el 55.

En el tiempo que habían estado juntas, la cerda había adelgazado, igual que Judit, estaba pálida, seca, con pezuñas rotas y otras con pedazos que llevaba arrastrando al caminar. Estaba coja de una pata, por lo que ya no salía a tomar el sol afuera de la cueva. El día que la cerda dejó de salir, Judit la revisó, tenía miedo de que muriera ese día. Le encontró cicatrices blancas y gruesas en el lomo; al igual que raspones irritados que no sanaban porque el animal dormía todo el día entre la arena y las piedras.





El día que Judit dió a luz, el cielo crujía y los remolinos de viento chocaban contra la entrada de la cueva. Entre sus propios fluidos, intentó pararse y sostenerse de algo, pero resbalaba cada vez. Tirada en el suelo se torció y volvía a contraerse. Se desgarró. Gritó. Y así como todas las mañanas, lloró. Quería extirpar aquello de sus entrañas, meter sus dedos dentro de ella, arrancárselo. Otra vez, la cerda estaba ahí junto a Judit, enfriándole el dorso con su aliento. Y mientras ella le acariciaba la cabeza, la cerda le lamía las manos. Judit se quedó ahí sin moverse, pálida, cubierta de sudor frío y ardiendo en fiebre.

Una gota cayó del techo, después un chorro delgado despertó a Judit. Miró a su bebé encorvado, de cara al piso con sus manos volteadas hacia atrás. Lo abrazó contra su pecho, humedeció sus manos en un charquito y limpió el cuerpo del bebé con sus dedos. Era un niño. Lo movía para que reaccionara, pero no respondía al pezón erecto de su madre. Siguió arrullando pacientemente, pero se le acalambra- ron las piernas y se durmió mientras esperaba a que el dolor disminuyera.

Un sonido suave y húmedo la despertó de nuevo. Parecía el sonido de la tierra mojada siendo removida. Luego el sonido pasó a ser un jadeo de ahogo. Tal vez la cerda estaba bebiendo del agua que se había filtrado entre la pared de roca. Judit tentó a su izquierda y a la derecha pero no sintió más que agua. Forzó sus piernas a resistir el peso de sus huesos. La cabeza le pesaba más que el estómago. El sonido de la cerda engullendo no cesaba, al contrario, se volvía más fuerte.

“¿En dónde está mi hijo?”

La luz exterior del creciente amanecer se filtró en la cueva y Judit pudo ver con más claridad. Por fin, la fría luz del sol convulso mostró a la cerda empeñada en terminar de una vez lo que estaba engu-

llendo. Extrañamente, se encontraba de pie, a pesar de haber estado débil; estaba moviendo la cabeza en todas direcciones para ver algo en medio de la oscuridad. Hasta que se topó con Judit, quien la sorprendió lamiendo, así como había hecho con sus manos, la cabeza de su bebé sin vida. El cuerpo se miraba luminoso entre los reflujos del animal, el cual retrocedía y se enredaba con sus propias pezuñas y carne flácida. La blanda piel como de arcilla se despegaba del cráneo tierno para mezclarse con la lama de sus dientes, que rápidamente masticaban. Algunas partes parecían no poder comerse por algunos tiernos huesos que obstruían; habían partes en el suelo de arena con cortes irregulares, aún intactas. En su desesperación, la cerda perdió algunas partes en la arena, que parecía proteger órganos y extremidades de las fauces voraces: apuradas por tragar, ansiosas por acabar con esa pulsión que las estremecía.

“¿Qué haces!” Judit la sujetó del lomo, la levantó y aferró las uñas a su piel. Aventó a la cerda lejos de su bebé, pero la persiguió, por si se le ocurría escapar. La cerda no huyó. Sus pezuñas finalmente se rompieron por el azote. Estaba sangrando de las pezuñas, del lomo y de las cicatrices que no habían cerrado. Judit aún le gritaba mientras le pateaba el estómago y la cerda chillaba. Los ojos de Judit se endurecieron, la quijada le temblaba a cada golpe que le asestaba. Ni siquiera escuchó cuando el animal había dejado de chillar. Se quedó parada un momento, sin pensar ni hacer nada.

Por fin se hincó frente al animal y lloró sobre su cabeza. “¿Por qué me haces esto?” sus ojos se quedaron contemplando los de la cerda, que ya estaban secos y rojos, a punto de salirse. No la tocó de nuevo, solo la vió morir mientras recogía del piso los restos de su hijo.

Se preguntaba si la compañía de la cerda, que había entendido como protección, era en realidad una forma de acecharla. Tal vez, mientras creía que el animal temblaba de miedo, sólo estaba excitado porque por fin Judit había dado a luz y la espera había terminado. Un intento de manada se desfiguró en la realidad de chillidos, amenazas, pezuñas quebradas, heces, carne flácida y esos ojos, negros, duros, profundos, secos. Creyó que la cerda había actuado como una farsante silenciosa, pero se encontró con que estaba igual que ella: hambrienta. Pensó en las veces que soñaba con matar a la cerda, arrastrarla al exterior, cortarle la panza, las patas, la cabeza y guardar todo en algún lugar. La cerda había hecho lo que Judit había deseado, algunas veces, hacerle a ella: atragantarse de su carne cruda y lamer la sangre del suelo a cuatro patas para no desperdiciarla. Judit fantaseaba con el banquete de fibras musculares desgarrándose, el sabor abyecto de su sangre mezclada con la tierra y el agua, cartílagos irregulares que se atorarían entre sus dientes picados y ansiaba probar su piel hecha como pomada para tragarla.



La escena se volvió muda, sólo se oía el zumbido de la lluvia alejarse dejando que el sol iluminara. Judit se postró en cuclillas, tomó suavemente a su hijo y corrió. No sintió el dolor de sus pies friccionando con las piedras, solo quería escapar. Nada la iba a seguir, pero prefería quedarse afuera, expuesta al aire, a la tierra lodosa pero muerta y a los vapores infectos. Llegó a unos cultivos abandonados, pero en ese momento la lluvia volvió. Los surcos del cultivo parecían difuminarse aquello se volvió un mar negro.

La figura de una mujer desnuda cargando a su hijo en la tormenta parecía emborronada. Judit caminaba por los campos infértiles, entre baldíos con hoces abandonadas y tractores cubiertos de arañas. El agua se tornaba oscura, ya le llegaba a las rodillas. Aún así, caminaba, se enfrentaba al lodo que la retenía y buscaba ahogarla en el mar terroso, espeso y malvado. Pronto, otras corrientes la embistieron, dejándola boca arriba. Ella siguió aferrada al bulto de man-

ta en sus brazos, lo apretaba aunque de él supurara sangre y agua. Le enterró las uñas para asegurarse de que al cuerpo azul no se lo llevara la inundación, pero no funcionó. El cuerpo se atoró entre las raíces podridas de los árboles y se descubrió. En su pequeña boca inflamada había un sarpullido, pequeñas ampollas, algunas reventadas que dejaban surcos diminutos, eran perforaciones minúsculas, como las de los cangrejos que se ocultan en el mar. Estos hoyitos también estaban en la espalda y en la columna se veían protuberancias magentas llenas de líquido. Judit le limpió el lodo con saliva y lo acarició con suavidad.¿'

Aunque la lluvia había cesado, el cielo no se había purificado. Parecía qlibrado del moho, pero ahora tenía manchas rojas y donde antes estaba instalado el hongo, aparecieron cicatrices gruesas. En otras partes, el moho se mezclaba con las gotas de lluvia, formando coágulos purpúreos. El cielo, aunque invadido por algo, lucía inflamado. No estaba vacío. En donde debería aparecer el sol, había un quiste púrpura y carmín, a su alrededor, las grietas en la atmósfera debilitada, a punto de desprenderse.

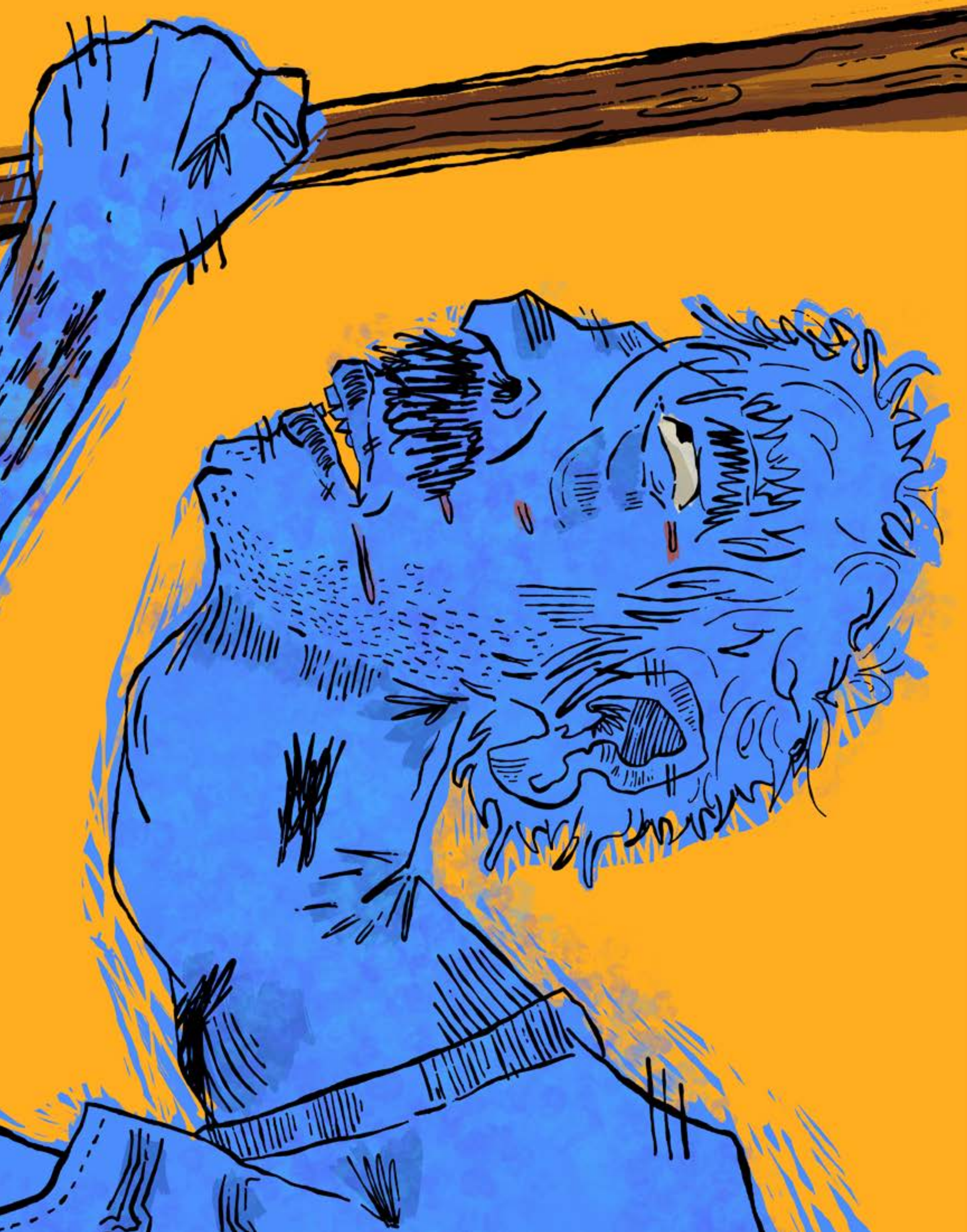
Vianney Serrano
vianney.serranosn@udlap.mx

LA HIJA DE JUAN SIMÓN

*Tierra, grumos, polvo, pala, hoyo. Tierra, grumos, pedazos
tiesos; aplanar, romper, forzar, destruir. Pala. Hoyo. Hoyo. Hoyo.
Mi corazón. ¿Estoy enterrando mi corazón? Tierra, polvo, pala,
hoyo. Tierra, tierra seca.*

Todavía no está suave.

El sol quema las cabezas de las personas, el cura y el capellán se cubren con una sombrilla; el resto usa pañuelos y sombreros. Nadie se atreve a pronunciar una palabra en voz alta, todo son cuchicheos: "¿No se ofreció alguien más?" "No sé, en la junta nadie supo qué decir". "Don Eleuterio dijo que él podía hacerlo, que sembrar y enterrar son parecidos: una cara distinta de la misma moneda". "¿Y?" "Y nada, al final no". "No puedo mirarlo". "Pues ve al piso, no lo mires a él". "Me da tanta pena". "¿Podrá seguir después de esto?" "Quién sabe,





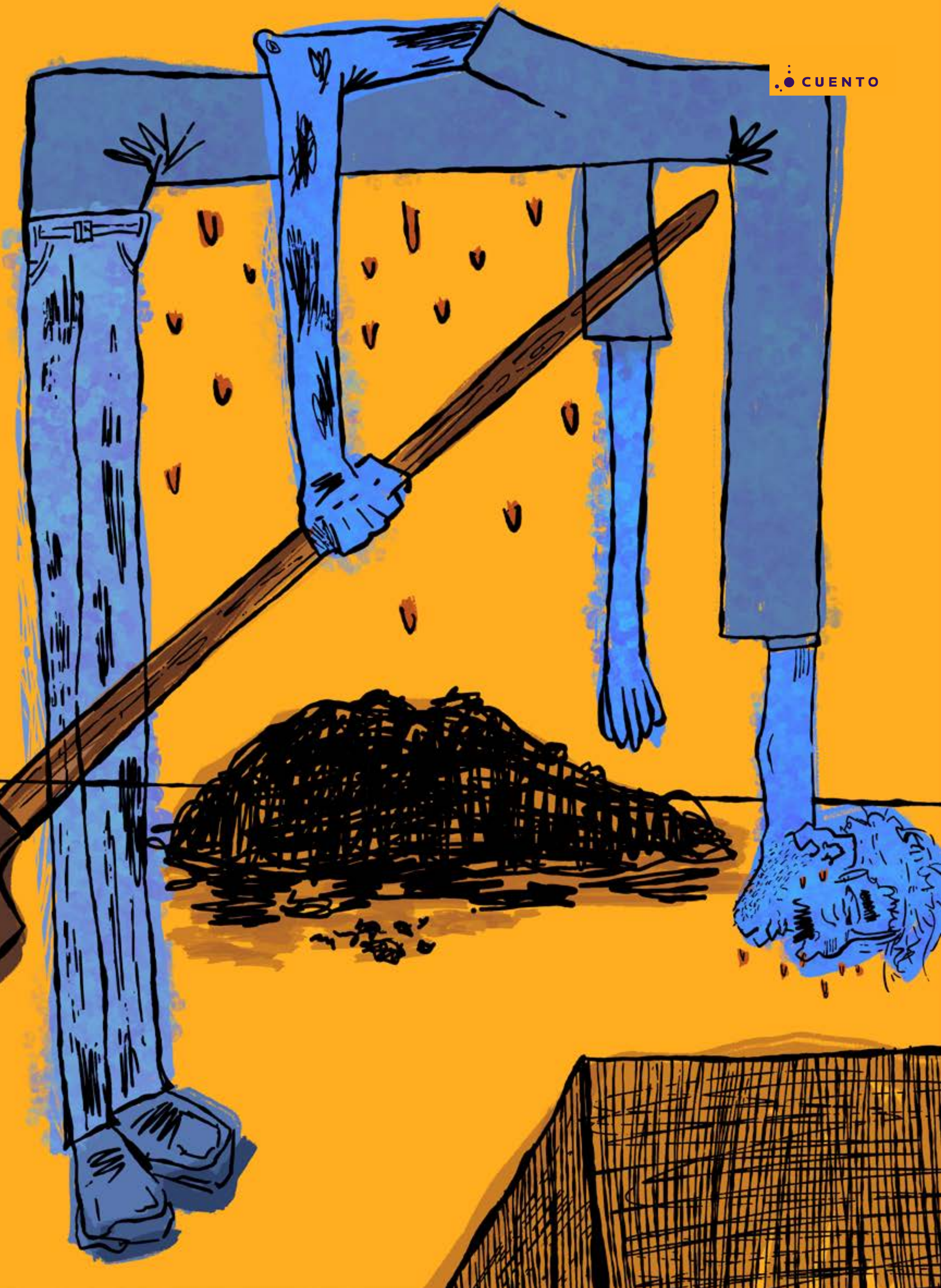
Dios quiera que sí”.

Juan Simón no se permite reaccionar al moco y las lágrimas. El sudor convierte su ropa en un imán pegajoso de tierra. En silencio, aprieta sus entrañas. Su respiración es fuerte; el aire no entra por completo. Sigue. El sol se oculta.

vElla despierta entre tierra caliente, rodeada

de insectos y humedad. Abre los ojos; la tierra le entra. Con dificultad, mueve sus manos para tallarse el ardor. El ambiente es pesado. (Inhala, exhala. Inhala. Inhala tierra, inhala viscosidad. Tose, traga tierra, intenta escupir. Más tierra entra en su boca. Decide aguantar la respiración). Sus manos, brazos y piernas aletean con fuerza.

Más fuerte, más fuerte.



Logra escarbar un hoyo por encima de su cabeza; la tierra se desmorona, pero consigue salir. Su alrededor: aire caliente, tierra roja y húmeda. Recuerda que debe respirar e inhala con fuerza. Respiraciones fuertes, largas, pausadas, tranquilas. Se tira sobre la tierra cálida y cierra los ojos.





Gabriela Mulia Jiménez
gabriela.muliajz@udlap.mx

Seamos Problemáticos





Vampiros gays tóxicos. Estas son las tres palabras que uso para describir de forma concisa de qué va la serie *Entrevista con el vampiro* (2022). Si bien es cierto que es mucho más que eso, también creo que preparan a un posible nuevo espectador por lo que va a encontrar.

La primera temporada se centra en la relación entre Louis de Pointe du Lac (Jacob Anderson) y su creador y pareja, Lestat de Lioncourt (Sam Reid). Siguiendo con la tendencia de los romances vampíricos y del canon gótico, la historia está llena de momentos “problemáticos”. Tan sólo en el primer episodio, Lestat acorrala a Louis, aún humano, en una iglesia después de matar a dos sacerdotes para preguntarle si quiere ser transformado a un vampiro. Todo esto el mismo día del funeral del hermano de Louis, Paul. Por más que Louis haya aceptado la propuesta por aparente convicción, las condiciones bajo las cuales lo hizo hacen dudar de qué tan consciente fue su decisión. Esta escena presenta de forma explícita la gran diferencia de poder que hay entre ambos personajes, con Louis siendo un hombre negro, sentado en el piso viendo de pie a Lestat, un vampiro francés blanco.

A pesar de esto, o quizá debido a, *Entrevista con el vampiro* se ha vuelto mi serie favorita. De forma cruda, mezcla lo bello con lo perverso, creando una de las mejores representaciones de romance gótico en tiempos recientes, y una gran parte de eso viene de la complejidad y ambigüedad moral de los personajes abiertamente queer.

Gays tóxicos acarrea un gran problema. “Gays tóxicos”, ¿no es este un lugar común? Un tropo gastado en los medios de entretenimiento que reflejan de forma negativa a toda una comunidad marginalizada. Para algunos la problemática puede no ser evidente, pero se trata de la llamada “buena representación”.

Aunque, ¿qué es la buena representación LGBT+? Este es un asunto que ha interesado a la comunidad desde hace tiempo. Ya mucho se ha hablado sobre el queeroding en los villanos de Disney (Shere Khan, del *Libro de la Selva*; Úrsula, de *La sirenita*; Jafar, de *Aladdín*; entre muchos otros), que de alguna forma introduce en el inconsciente los peligros de las personas queer. En otros casos, se ha criticado las representaciones de relaciones homosexuales, en los medios de entretenimiento, particularmente entre hombres, envueltas en rasgos de toxicidad como manipulación, diferencias de edad cuestionables, control, dependencia emocional y más, como son los casos de la serie *Queer as Folk* o la película *Call Me by Your Name*. Entonces, puede ser entendible la búsqueda de una representación distinta. A pesar de estas buenas intenciones, existe una conversación alrededor de lo implica la “buena representación”.

Considero que el problema viene más que nada del uso de la palabra “buena”. Por un tiempo, esto se ha entendido como mostrar personajes moralmente correctos, que nunca hacen nada realmente malo, o, en todo caso, se vieron obligados por la situación. Y no sólo eso, si no que sus relaciones son increíblemente idílicas, con gran comunicación, donde los problemas vienen de afuera, nunca es realmente causado por alguien del par, como se puede ver en la película *Love, Simon* y la serie *Heartstopper*.

Ahora bien, no digo que sean malas, pues igualmente creo que este tipo de fantasías queer tienen una función de proporcionar un entretenimiento más ligero, pues no todo puede ser siempre tragedia. Además, teniendo un público adolescente en mente, parece lógico abordar temas los temas alrededor de la sexualidad de forma apropiada para sus edades. No obstante, si aceptamos este tipo de representación como la única “buena”, entonces estaríamos mostrando una versión pueril y desarticulada de las personas LGBT+, una donde nunca pueden hacer el mal, donde sólo son víctimas de sus circunstancias y lo más que nos pueden generar es lástima.

Entonces, si personajes y relaciones completamente buenas, o más bien ideales, no son suficiente representación, ¿por qué la serie de vampiros gays tóxicos me parece tan excelente? Para mí, la respuesta está en que se trata de seres fantásticos y, más que nada, son personajes dentro del contexto gótico, género donde se exploran conceptos “problemáticos”. No quiero decir que hay algo malo en el realismo como corriente audiovisual, pero la ficción especulativa, en particular en el caso de *Entrevista con el vampiro*, puede ser un medio casi ideal para hacerlo.

El sub-género del romance gótico está lleno de relaciones cuestionables: *Cumbres Borrascosas* y *Jane Eyre* no presentan los escenarios más sanos, pues retratan abuso físico y emocional, disparidad de clases, la idealización del sufrimiento, y en particular, intereses amorosos masculinos dominantes y violentos. Y, aunque no los consideraría particularmente problemáticos, es común el debate en obras como estas al respecto de la romantización de escenarios terribles que son perdonados bajo el nombre del amor. Donde yo veo una gran diferencia con *Entrevista...*, es, primero, en el hecho de que no trata de seres humanos. Un diálogo de la segunda temporada nos recuerda que nuestro paradigma humano, mortal, no puede realmente juzgar las acciones de seres eternos, que, de entrada, requieren de nuestra sangre para sobrevivir.

Ahora bien, esto no significa que la serie esté ausente de crítica o comentario al respecto de las acciones de sus personajes, simplemente se les contextualiza de tal forma en la que, si bien no se justifican ni terminan de perdonar, les es posible seguir siendo simpáticos y estimados por el público. Aunque claro, esto último es meramente subjetivo, pero siendo alguien dentro del fandom, puedo asegurar que cada personaje, por lo menos de los principales, tiene una base de fans fuerte.



Son estos tonos de gris en la serie los que permiten tener una representación que no podría catalogarse como buena o mala, más bien compleja. Louis no es solamente una víctima de Lestat, pues ya desde su vida humana cometía acciones violentas y aprovechaba cada oportunidad que tenía para obtener poder económico y social, dentro de lo que su raza le permitía a inicios del siglo XX. Por otro lado, Lestat no es sólo el creador abusivo, pues también se trata de alguien con un gran pasado traumático que está enamorado de la idea del amor y que, muchas veces actúa de la peor forma posible. Un ejemplo de esto viene con la transformación de Claudia (su hija vampira). Por un lado, está Louis, terriblemente arrepentido por haber detonado una serie de crímenes de odio por los que Claudia perdió todo, le ruega a Lestat, con el cuerpo moribundo de Claudia, que la transforme para así poder enmendar su error. Por otro, Lestat está renuente, pues por experiencia sabe que nunca es buena idea convertir a un menor de edad. Es entonces cuando Louis le promete que si la convierte, nunca lo dejará, convenciéndolo así de transformar a la niña: salvándola y condenándola. ¿Quién es el bueno y el malo en esta situación? Ninguno, y no se trata de tener buenos o malos, sino de representar un momento complejo y crucial para el futuro de los tres personajes.

Esto es, en mi opinión, lo que debería de ser la representación queer. Sí, se trata de dos hombres en una relación gay, pero sus problemas no están únicamente ligados a su sexualidad. Son más que sólo dos historias trágicas creadas para generar lástima. Porque, además, ¿a quién se le busca dar lástima? Esta misma idea de la purificación, de mostrar personajes "buenos", tiene que ver con crear productos culturales digeribles para las personas fuera del colectivo. Si no, ¿por qué la preocupación por mostrar lo mejor, lo más correcto y asimilable? Un claro ejemplo de personajes asimilables para el público fuera de la comunidad es el personaje de Dumbledore en Harry Potter, pues fue hasta 2007, con los libros ya concluidos, y de forma metatextual que la autora dio a conocer que se trata de un hombre gay. Sin embargo, ni los libros ni las películas hacen explícita esta característica del personaje, permitiendo que gente parte del colectivo, en particular hombres gays, así como aliados, puedan más o menos ver una especie de representación, mientras que aquellos opuestos a la liberación LGBT+ pueden ignorarlo y continuar como si dicha representación no existiera.

De igual forma, este miedo en alienar a una audiencia se puede ligar con los intereses capitalistas de la industria del entretenimiento, donde de preferencia hay que atraer a las masas. Por lo tanto, el colectivo por su naturaleza de minoría, no es el público que más le preocupa a la industria y tiende a estar en segundo plano.

Lo que yo digo es: no nos debe de importar. El ir buscando poco a poco la aceptación de aquellos que desapruban lleva a la asimilación bajo sus términos. No existimos para complacer al otro, y creo que se ha llegado al momento donde podemos exigir ponernos primero a nosotros mismos. Crear arte de nosotros para nosotros. Crear arte que no tenga el sesgo capitalista, que no se sanitiza para el público general.

En una entrevista el día del estreno de la segunda temporada, se le preguntó a Jacob Anderson, actor de Louis, sobre su experiencia al interpretar a un personaje negro con un bagaje tan complicado. A esto, el actor respondió: "Espero [este trabajo] abra la puerta a más. Contemos más historias, seamos monstruos y disfrutémoslo. Seamos problemáticos. Denos el espacio para ser un problema." Y, a pesar de que se refería a la representación de hombres negros, creo que la idea puede aplicarse a toda minoría.

La buena representación, desde mi punto de vista, es aquella que muestra la complejidad de aquellos grupos marginales, la humanidad, entonces hay que crear personajes e historias con todo tipo de problemas, ideas erróneas, acciones injustificables, contradicciones y más. Hay que ser problemáticos, porque es parte del ser humano.

Mariana Hernández Tadeo
Puebla, San Andrés Cholula.

VENUS

Un hombre fumaba,
ahogó su cigarro en mi pecho.
Ardía una chimenea,
mi boca sorbió sus cenizas.
Labios secos
piel rugosa

silencio eterno.

Veía parpadear
pieles blancas, azules, amarillas,
girar en sentido contrario
el nombre romano
Venus.

Adormecida
froté mis ojos,
sacudí mis mejillas,
me derretí
en bruma blanca.

De menguante pasé a nueva
reflejada en el negro cansado
de unos ojos ancianos.
Sembrada en un espejo marino,
hundida en un silencio nocturno.

Con el primer destello
me despojé del manto,
empapado en verde,
revelando una cara
de pétalos blancos

a mi amado *Helios.*





Silencio Eterno...

Visitas de Domingo

Fernanda Cedonio

Frente al espejo, Angélica ve que las ojeras se le han oscurecido más. Sus ojos, ahora ocultos en la sombra, le recuerdan al débil destello de luz que regresa del agua estancada al fondo del pozo comunal. Frecuentemente, sueña que anda volando desnuda junto con a mujeres sin rostro; a unas les falta la oreja izquierda, a otras una pierna, y otras solo son cuerpos sin cabeza volando descoordinados. Otras noches escucha voces, gruñidos y sonidos mezclados, como si el viento se colara débilmente por la ventana para susurrarle. No siempre recuerda los sueños, pero con o sin una pesadilla apretando su cabeza, la oscuridad avanza y se va cerrando alrededor de la mirada.

Se está terminando de lavar la cara cuando llaman a la puerta principal. Sale del baño y camina a la entrada. Ya casi al tocar la chapa levanta la mirada y el reflejo del cristal de la puerta le confirma lo mismo que el espejo del baño; todo su ser, desde el cabello hasta las grietas secas de los pies se expresan mandando un mensaje: se ve decrepita.

Domingo, once de la mañana y alguien aprieta con insistencia el timbre; es el cobrador de bigote incipiente y chaleco azul. No recuerda qué cachito de la casa tiene adeudo, de eso se encargaba su padre.

–Busco al Señor Rivera. Llevamos años cobrándole en esta dirección, no tiene caso que ahora nos lo ande negando –dice el cobrador al tiempo que exhala de hartazgo.

[Del latín vulgar *voluxa* que significa que vuela».]

–Se fue de aquí hace dos semanas, no le dio razón a nadie, nomás ya no apareció

–Angélica se queda inmóvil, como tratando de asimilar también ese mensaje.

El cobrador, resignado, se despide sin antes lanzar un par de palabras intimidantes.

Angélica tomó la decisión de abandonar el pueblo luego de la desaparición de su papá. Con su ausencia, asumió que la siguiente que debía partir era ella. Ninguna mujer vive sola en la zona, casi que ni en todo el Estado.

Semanas atrás, el primer domingo de marzo, mientras su padre se enrollaba las orillas del bigote viendo a las gallinas, y ella aventaba chispitas de agua sobre la tierra para evitar la polvoreada del medio día, notó en él una expresión severa. Parecía estar apretando en medio del entrecejo un miedo cálido y duro, como queriendo reventar con las tupidas cejas ese desosiego y desaparecerlo de sus pensamientos.

–¿No le da miedo morir, pá? –Angélica rompió el silencio que llevaba rato separándolos.

–No, hija –murmulló después de una pausa, como si ya conociera esa pregunta. Volteando a ver sus huaraches y luego a la tierra enlodada, a modo de quien teme que de ahí provenga la pregunta, añadió: –Sólo soy un pedazo de hombre.

Transcurridos unos minutos, abrió la puerta un poco y asomó la cabeza. Los cobradores tienen la costumbre de quedarse agazapados por si el moroso sale del escondite. Ella sabía que ese truco no funcionaba; su papá no estaba jugando a las escondidas.

[Pelo de murciélago y lengua de perro, aguijón de reptil ciego]

Pensó en reportarlo como desaparecido, pero en ese pueblo enterrado en las entrañas de la sierra a nadie le importaba si te vas o te quedas, mucho menos el cómo te vas o cómo te quedas. Lo acusarían de estar por ahí tirado borracho o simplemente de haberse marchado para despegarse de todo el cochambre que uno arrastra por ser pobre. Su padre sería incapaz. Él no hubiera encontrado camino lejos de su hija, solo se tenían ellos dos.



Aunque llevaba ya varios días sola, la orfandad todavía no le atravesaba el corazón. Angélica no podía llorar ni preocuparse por el abandono que la asolaba, porque algo dentro de ella le aseguraba que ese domingo recibiría visitas. El regocijo que se andaba cocinando en su interior no tenía un fundamento; estaba sola, pero era la misma sensación que la invadía de niña cuando los domingos le confirmaban la visita de los abuelos. Ese era su día favorito, desde temprano comenzaba de hacendosa, preparando todo. Cuando ellos llegaban, se le deshacían las manos en atenciones. Corría de un lado a otro para recalentar las tortillas, rellenar los vasos con agua y espantar a las moscas que perseguían el queso.

Todo eso acabó hace años con la muerte de los abuelos y después la de su madre, pero el cuerpo de Angélica quedó configurado para presentir las visitas, igual que los de las ancianas del pueblo, que auguran un temblor cada que ven el cielo aborregado.

[Se afirmaba que las brujas hacían comidas caníbales con niños, o utilizaban cadáveres para preparar sus polvos y ungüentos.]

Transcurridos diez minutos, dejó de ver el camino de terracería, dando por hecho que el cobrador ya había pasado a la siguiente casa de su lista. Regresó al interior para prepararse un desayuno tardío. Su día apenas comenzaba y el plan era marcharse casi al atardecer porque a las siete salía el último taxi colectivo de la base junto al mercado con destino a Ometepe. Nadie la esperaba por allá, pero resultaba la opción más sencilla; ahí te podían conectar fácilmente con alguna afligida ama de casa que necesitara ayuda en las labores del hogar; las contrataciones eran inmediatas y pagaban con techo y comida.



Ya llevaba una temporada de lo que ella consideraba una mala racha; le aparecían moretones negruzcos, se apagaba la tele en la hora de la novela, sin contar los pollitos que amanecían descabezados por dejar el gallinero abierto, y otras agresiones silenciosas, pero Angélica asumió que más que una mala suerte hipertrofiada estos hechos se debían a su descuido; llevaba meses sin descanso. Los delirios que tenía al dormir la sumían en una fiebre trepidante que la hacía despertar hasta entrado el mediodía, y dos domingos atrás, cuando por fin pudo despegarse de las sábanas húmedas de tanto terror nocturno, su padre ya no estaba. Era normal, él se ponía a resolver los pendientes; ir a vender huevos al mercado, quemarles el monte a los vecinos o hacerla de albañil en donde se requiriera. Por eso su ausencia pasó desapercibida hasta que comenzó la noche.

Toda la semana siguiente, Angélica recorrió el pueblo preguntando por él, pero nadie pudo darle noticias. Si no se hubiera dejado consumir por el cansancio de las pesadillas, se habría podido despertar temprano para acompañarlo. Sentía que de alguna manera, las pesadillas hicieron que perdiera a su papá.

Igual que ella, su padre manifestó tener pesadillas. La más repetida era la de andar jalando zacate en el terreno detrás de su casa y que, con el anochecer cayendo sobre las cabezas de los árboles, un aire bravo comenzaba a revolcarlo en el patio, clavando su cuerpo sobre las piedras picudas, arañándole la piel con varas secas y reventándole los dientes a puro bocado de tierra. Esa misma ráfaga le murmuraba cosas, como quien te patea e insulta de manera simultánea, provocando una violencia dispersa, anónima.

El miedo que describía cada mañana se impregnó fácilmente en Angélica porque era un horror siamés, que se gestaba en camas separadas, se paría en cabezas diferentes, pero estaba unido por la misma perturbación.

[Sacrificar sangre del propio linaje es la forma más fructífera para iniciarse]

Ahora, mientras la tarde pasa con lentitud y el calor se flamea distorsionando los límites del patio, el rostro de Angélica se descompone al ritmo del sol. El deterioro facial se conjuga con el dolor que carga en la espalda y brazos, un dolor que la hace remover su cuello para liberar tensión, como queriendo zafar su cabeza de ese cuerpo magullado.

AL

Antes de empacar sus tres faldas, decide juntar las fotos familiares y algunas pertenencias de sus padres; aún conserva el rosario de su mamá y un viejo labial aperlado. Con todos los recuerdos en un morral, agarra camino por la terracería que sube al cerro, lleva también un poco de alcohol y un encendedor. El camino es difícil; sus pies andan desconociendo las formas que ha pisado toda su vida: está cansada, se tambalea y cae. Se levanta y sigue. Ningún punto le parece el indicado para incinerar el testimonio de que alguna vez tuvo origen. El viento arrecia y levanta olas de polvo, pero nada detiene sus pasos mecánicos. Va moviéndose arbitrariamente igual que una cucaracha sin cabeza.

Cuando se adentra a la garganta del cerro, un aire espeso le agudiza los sentidos; hay un olor fétido y caluroso que se impregna en todo el espacio y le cambia el sabor al aire.

[El aquelarre acaba al amanecer cuando suenan las primeras campanadas de la iglesia o con el canto del gallo]

Por los destrozos que tenía ese bulto putrefacto parecía que ya muerto lo habían estado paseando sobre la terracería varias veces, empanizándolo en varias capas de tierra que le crearon una densa costra negruzca que no detenía las supuraciones. Un cúmulo de masa y naturaleza que ya no era humano, ni parecía haberlo sido alguna vez.

Ante sus ojos se desdobra la realidad de su deterioro, y como un aguacero frío, cae sobre su cabeza el recuerdo de lo que hizo; la noche en la que todas le cantaron para llevárselo cerca de la luna y, con absoluta coordinación, reducirlo a carne inútil. Después comulgó con ellas y compartieron un mismo corazón.

—¿No le da miedo morir, pa?

Ella, junto con las otras; las que viven hacinadas en lo verde del cerro, que le hablaban y pedían que entregara a su padre para luego convertirlo en un gran plato de guayabas podridas. Las mujeres que por la madrugada bajaban los árboles reptando y le iban a lamer la oreja, acariciarla y levantarla para que todas juntas se fueran a adorar la noche, no la querían sola.

Angélica se siente mareada, a punto de vomitar, pero no puede despegar la mirada de los pedazos que quedan de su padre. Sus ojos lo asedian con la misma intensidad que las moscas que coronan las sobras de ese ritual y los recuerdos desbloqueados comienzan a saturar sus sentidos. Se queda largo rato consumiendo esa escena hasta que se cierra el crepúsculo y escucha las crepitaciones que hacen las mujeres que bajan por los árboles. No siente miedo. Se desviste. Ahora ella les acicala las orejas y acaricia sus rostros.

Las visitas llegaron.

[Sentado, las espera el demonio con figura entre hombre y macho cabrío, a quien la bruja presenta su discípula con la frase: "Señor, a esta traigo y presento".]





Las Brujas

“Hay que estar dispuesto a dejarse llevar por el mundo abstracto. Hay que querer perderse en él”.

David Lynch





ESPORA